UCLA
Mester

Title
La cabeza de la hidra : Residuos del colonialismo

Permalink
https://escholarship.org/uc/item/2752032x

Journal
Mester, 11(1)

Author
Koldewyn, Phillip

Publication Date
1982

DOI
10.5070/M3111013663

Copyright Information
Copyright 1982 by the author(s). All rights reserved unless otherwise indicated. Contact the author(s) for any necessary permissions. Learn more at https://escholarship.org/terms

Peer reviewed

eScholarship.org Powered by the California Digital Library
University of California

La cabeza de la hidra: Residuos del Colonialismo

En esta novela Fuentes dramatiza dos problemas que son fundamentales para muchas naciones que, como México, tienen una herencia colonial: el de la identidad cultural y política; el del terrorismo endémico en las relaciones entre conquistadores y dominados, y perpetuado hoy en diversas formas. A través de la novela estos dos problemas son reiterados y examinados hasta que, finalmente, sus manifestaciones se intensifican tanto que transforman o destruyen las vidas de los protagonistas. El principal de éstos es Félix Maldonado, economista, burócrata federal y, más or menos improvisadamente, agente de un incipiente servicio de inteligencia mexicano. Si *La cabeza de la hidra* fuera una sencilla parodia de las novelas de espionaje internacional, sería posible verlo a Maldonado como un James Bond de muy reducidas posibilidades, puesto que sólo cuenta con la limitada tecnología y experiencia que le puede proporcionar un país del tercer mundo. El texto de la novela, sin embargo, no autoriza tal comparación sino en forma muy superficial. La vida de Maldonado sigue una trayectoria relacionada -a grandes rasgos- con el desarrollo de la industria petrolera mexicana. Sólo se convierte en agente del servicio de inteligencia cuando hace falta defender los recursos naturales y las esperanzas que ofrecen para el futuro de México contra sutiles amenazas foráneas. Al examinar la historia personal de Maldonado descubrimos las raíces concretas del primer problema relacionado con el colonialismo: la identidad.

Fuentes alude a la destrucción de los símbolos físicos de la identidad cultural azteca por los españoles en las primeras líneas de la novela. Así comenzó el colonialismo; pero es su aspecto económico en el siglo veinte, según Fuentes, que nuevamente ha exacerbado el problema de la identidad hasta el punto de crear otra vez íntimas subversiones culturales y políticas. El padre de Maldonado tenía que confrontar este colonialismo económico en forma muy individual como uno de los pocos empleados mexicanos de las compañías petroleras holandesas, inglesas y norteamericanas durante el primer tercio de este siglo. La actitud colonizadora de estas compañías se evoca cuando Maldonado recuerda la forma en que su padre era periódicamente sometido a la sutil denigración de su identidad como mexicano y ser humano. "Trabajaba en Poza Rica para la compañía El Aguila, subsidiaria de la Royal Dutch, como contador. - El gerente recibía a mi padre dos veces al mes. Pero mi padre nunca le vio la cara. Cuantas veces entró al despacho, encontró al gerente sentado dándole la espalda. Era la costumbre, recibir de espaldas a los empleados mexicanos, hacerles sentir que eran inferiores, igual que los empleados hindús del raj británico."[1]

La "cara" adquiere una relación simbólica con respecto al concepto de la identidad en esta novela. Negarse a mirarle la cara de un hombre es un acto mínimo pero significativo de negación de su identidad. En este ritual bimensual el mexicano nunca puede ver la cara del extrajero; y debemos entender que éste nunca le mira a la cara del mexicano. Fuentes describe el fin de la dominación extranjera en los campos petroleros como el comienzo del tiempo cuando "las gentes se miraron a la cara" (210). Contrariamente, si otra vez llegara el dominio extranjero sobre los recursos mexicanos, sería "el día en que los mexicanos dejaríamos de mirarnos a la cara" (214). Años después, cuando agentes enemigos desean robarle la identidad personal a Maldonado, lo hacen quitándole la cara mediante una operación quirúrgica (por lo menos, eso es lo que le hacen creer, como se explicará más adelante). En todavía otra instancia simbólica, el gran parecido entre su cara y la del pintor Velázquez en sus autorretratos le hará pensar en la posibilidad que su identidad quizás no sea única y únicamente suya. En varias formas Fuentes también hace uso de un símbolo semejante al de la cara: es el de las "máscaras," tan bien conocida en otras obras de Fuentes. Las vendas que le ponen en la cara de Maldonado después de la operación forman una máscara que él trata de arrancar. Los disfraces de su jefe en el servicio de inteligencia son otras máscaras cuya función es despistar a los enemigos; pero, además, confunden a Maldonado y lo mantienen en la oscuridad con respecto a cómo está siendo manipulado por diversos motivos y grupos. La configuración simbólica del texto establece, poco a poco, una oposición entre "máscara" y "cara": es igual a la oposición entre "identidad postiza" e "identidad auténtica." Por extrapolación asociativa de este simbolismo, el mexicano máximo posee solamente una máscara en vez de una cara en esta novela: "el Señor Presidente sufría del mismo mal que Félix Maldonado, no tenía cara, era sólo un nombre, un título" (59). Está claro, entonces, que el problema de la identidad no afecta sólo a Maldonado, sino posiblemente a la mayoría de los mexicanos si el Señor Presidente es aceptado como representante de ellos.

Maldonado se cree estrechamente vinculado con los esfuerzos de otro presidente, Lázaro Cárdenas, por mexicanizar los recursos naturales; esfuerzos que harían posible que los mexicanos se miraran a la cara y aprendieran a reconocer en las caras de sus hermanos la auténtica identidad mexicana. "Alegaba con calor . . . que fue concebido el 18 de marzo de 1938, día de la nacionalización, porque nació exactamente nueve meses después" (210). Este hecho lo hizo beneficiario de todos los programas médicos y educativos creados por el gobierno de Cárdenas en los campos petroleros. La creación de PEMEX hizo posible que el padre de Maldonado ascendiera, unos años después, al puesto de jefe de contadores, y que instalara a su familia en la capital donde el hijo pudo seguir la carrera de economía en la Universidad Nacional. Llega allí con mucho orgullo respecto a la nueva identidad que él y la nación han comenzado a elaborar. Dos experiencias personales, sin embargo, le sugieren dudas

sobre las expectativas para lograr esa meta. Primero se fija en las divisiones profundas entre mexicanos de distintos grupos socio-económicos; divisiones graves en las que Fuentes insiste varias veces a través de la novela. Segundo, Maldonado conoce a una joven judía, una compañera en la facultad de economía, cuya identidad cultural es de índole tan fuerte y profunda que ofrece un contraste notable con la del joven estudiante mexicano. Años después, un antiguo profesor de Maldonado, también judío, teoriza sobre este contraste entre las dos culturas diciendo, "un judío es tan viejo como su religión y un mexicano tan joven como su historia. Por eso ustedes la recomienzan a cada rato y cada vez imitan un modelo nuevo que pronto se hace viejo" (127).

La joven judía, Sara, emerge poco a poco como un símbolo de memoria cultural, de continuidad en el desarrollo de valores humanos. Sara ayuda a perpetuar una tradición inquebrantable, capaz de facilitar la creación de identidades personales recias y valientes bajo condiciones sumamente difíciles. Estos valores en la personalidad de Sara quendan consagrados cuando sacrifica su vida en la lucha contra los judíos extremistas que quisieran negar el desarrollo de valores humanos dignos de conservarse en otras culturas como la árabe. Al referirse a un joven árabe que lucha por la misma causa que ella, Sara declara, "Jamil y yo somos aliados de la civilización que no muere" (107). Los extremistas árabes y judíos que finalmente asesinan a los dos son, en cambio, agentes destructores de la civilización, representantes de "los poderes pasajeros" que bien se saben pasajeros, y por eso se entregan a los métodos crueles del terrorismo (107-8). Aliándose con los árabes palestinos excluidos por los israelíes, Sara presenta un contraste con la actitud de Maldonado ante los excluidos de la sociedad mexicana, los indígenas y otros pobres económica y culturalmente supeditados. Todas las naciones de herencia colonial tienen sus grupos de población marginada, separada por un gran abismo de aquella porción afortunada de la población que ha partícipado en las últimas etapas desarrollistas del colonialismo. Maldonado se encuentra entre esta porción modernizada después de sus estudios universitarios en México y luego en Nueva York. Estas experiencias lo dejan incapaz de aliarse con los excluidos como indican los pasajes siguientes: "era lo malo de caminar a pie por la ciudad de México. Mendigos, desempleados, quizás criminales, por todos lados. Por eso era indispensable tener un auto, para ir directamente de las casas privadas bien protegidas a las oficinas altas sitiadas por los ejércitos del hambre. . . . Desde la acera de enfrente, vio que la mujer era una niña indígena, de no más de doce años. Descalza, morena, tiñosita, con el bebé en brazos, tapadito por el rebozo" (23-4). Así la discontinuidad cronológica creada cada vez que los mexicanos imitan un nuevo model está acompañada por la discontinuidad socio-cultural observable cuando Maldonado se enfrenta con la mendiga indígena. A pesar de la historia de su padre como un excluido, Maldonado ahora sólo piensa en tratar de evitar a los marginados de la sociedad actual en vez de aliarse con ellos.

A las discontinuidades hisóricas y sociales ya indicadas Fuentes agrega una tercera, esta vez de índole síquica. Con dos paradigmas simbólicos convergentes él señala una creciente ruptura entre los valores biológicos y cerebrales, o entre el "amor puro y hasta intelectual (y) el puro sexo" (42) como dice Ruth, la esposa de Maldonado. El primer paradigma simbólico está presentado en forma muy abstracta y de tal manera que el lector tiene que darse cuenta de alguna asociación metafórica, por más indirecta que sea, entre la discontinuidad síquica en Maldonado por un lado y, por otro lado, las oposiciones y rupturas trascendentales que se encuentran en las mismas bases de la civilización mexicana. El primer paradigma, en forma de dos símbolos opuestos, surge en el momento cuando Maldonado, al comienzo de la novela, entra en el Zócalo, sitio de ceremonias rituales tanto hoy (rituales políticos) como en los tiempos de los aztecas (rituales sagrados). Es un simbólico "centro del universo" donde el hombre puede descubrir los secretos y las esencias de la realidad transcendental. En varias novelas de Fuentes un protagonista se detiene en semejante lugar sagrado donde se ofrece un despliegue de símbolos evocadores de conceptos básicos para entender las inquietudes más íntimas de ese mismo personaje.[2] Los símbolos que abruptamente captan la atención de Maldonado en el Zócalo son el sol, unos perros y una anciana vestida de negro. Al entrar en la gran plaza fue cegado por "un sol opaco, brillante, duro, y lejanamente frío como la plata. . . . Por eso no pudo ver lo que lo rodeaba" (15). Todavía deslumbrado por esos símbolos obvios de la racionalidad, la agresividad y la dureza masculinas, Maldonado "tuvo la sensación horrible del contacto inesperado e indeseado. Una lengua larga se le metió por el puño de la camisa y le lamió el reloj. Se acostumbró rápidamente a la camisa y le lamió el reloj. Se acostumbró rápidamente a la luz y se vio rodeado de peros callejeros. . . . Una vieja envuelta en trapos negros le pidió perdón. -Dispense, señor, son juguetones nomás, no son malos . . ." (15). Un repentino e inesperado contacto sensorial con un animal y la presencia de una vieja envuelta en trapos negros que declara que los animales no representan "el mal" sino "el juego" son interesantes variaciones de tradicionales símbolos femeninos.[3]

En las manos de un estudiante del mito y del símbolo tan experto como Fuentes estos dos juegos de símbolos, uno masculino y el otro femenino, forman un reducido sistema binario. En su forma más básica los dos polos del sistema son *logos* (el sol, la iluminación racional, pero también la dureza de la agresividad masculina) y *eros* (lo animal y sensorial, lo negro, desconocido, lo que carece de forma concreta, como los juegos inocentes de los perros). Las asociaciones metafóricas insinuadas en varias partes de la novela autorizan una extrapolación símbolica de cada uno de estos polos, primero al nivel histórico y nacional, y luego al nivel de la vida personal de Maldonado. El *logos* alude a Cortés y el imperialismo español: los aztecas creyeron que Cortés era un dios y, por eso, la asociaron con el sol: pero él impuso la dureza del colonialismo dedicado

principalmente, al comienzo, a buscar plata. Las imágenes brillantes y luminosas, pero también duras y frías, del *logos* aluden, además, a la joya o "piedra clara" (12) del Dr. Bernstein con cuyos secretos él piensa ayudar a supeditar a México a una nueva especie de colonialism económico. El *eros* se vincula, en cambio, con los indígenas, con la anciana y sus perros que representan la sabiduría primaria de los juegos espontáneos y de lo sensorial. Fuentes indica que esta sabiduría eterna está actualmente enterrada en sentido metafórico debajo del Zócalo moderno donde quedan las ruinas de la ciudad azteca con todos sus tesoros. Lo hace describiendo a un "loco" que pasa todo el día buscando el tesoro de Moctezuma con un aparato electrónico. Su locura, por supuesto, consiste en creer que el tesoro sea oro o plata en vez de sabiduría primaria. El *eros* está vinculado, también, con la Malinche y su tierra descriptas en el epílogo de la novela. Si las tierras de Campeche, Tabasco y Veracruz representan una renovada esencia y savia de México, su petróleo; entonces la Malinche representa la posible traición de ese tesoro negro como esperanza futura, por motivos mal distinguidos pero en gran parte pasionales.

Si las anteriores son las asociaciones metafóricas al nivel histórico y nacional, para dilucidar la situación personal de Maldonado hay que analizar los valores simbólicos de las mujeres en su vida. Ellas forman el segundo paradigma simbólico. La brillante inteligencia de Sara y su relación platónica con Maldonado la destacan como el obvio símbolo del *logos*. El pulsante erotismo de Mary y el hecho que es cómplice en el asesinato de Sara indican que es una obvia encarnación del *eros*. La esposa de Maldonado, Ruth, adivina la manera en que este simbolismo binario expresa una de las dimensiones más perturbadoras de la crisis de identidad en él. Ruth se supone que una íntima necesidad para su esposo es poder crear una síntesis síquica entre sus propios elementos de *logos* y *eros*. Las intensas presiones creadas por los peligros de su misión de inteligencia están paulatinamente destruyendo los pocos éxitos que Maldonado ya había logrado. Estas pérdidas síquicas lo hacen parecer un hombre cada vez más dividido e inseguro de su identidad. Ruth cree que él se casó con ella porque tanto en su vida cotidiana como en sus relaciones afectivas, ella le ayuda a integrar sus impulsos de *logos* y *eros*. Por eso, la siguiente acusación de Ruth contra Maldonado es mucho más que una mera esplosión verbal de una esposa celosa. "A Sara siempre la quisiste de lejos. Con Mary te acostabas. Pero para ti un amor puro sexo sin amor, no resuelve nada. Tú necesitas una mujer como yo . . . Yo puedo ser tu ideal intocable por momentos, tu puta a veces" (42). Mas las peripecias de la misión de inteligencia lo llevan a Maldonado lejos de Ruth, y nuevamente lo ponen en contacto con Sara y Mary, las compañearas de su juventud. Ruth observa los resultados en términos de una regresión sicológica dentro de Maldonado. "Estoy segura de que me has partido por la mitad, Felix. Prefieres tener por separado lo que yo quise darte unido en mí. Como si desde hoy quisieras ser joven otra vez" (43).

Es importante que Ruth ve esto como un retorno a la inmadurez, porque la falta de unidad síquica suele ser típica de esta etapa de desarrollo y es una causa principal de la fragmentación y la crisis de identidad. El abandonar la unidad interna ofrecida por Ruth presagia una pérdida íntima y grave para Maldonado. El choque de esta pérdida está apropiadamente simbolizado en la escena del Zócalo cuando la ruptura entre *logos* y *eros* metafóricamente lo acosa a Maldonado: el sol lo deja ciego, deslumbrado; el contacto con el perro lo deja con una sensación horrible.

El mismo día que Maldonado escucha las acusaciones proféticas de Ruth, agentes extrajeros empiezan una campaña para desprenderle de su identidad en forma definitiva. Varias personas en su lugar de trabajo, la Secretaría de Fomento Industrial, se niegan a reconocerlo, y él descubre que no hay manera de identificarse para que lo acepten como Félix Maldonado. Sólo el Director General de la Secretaría lo reconoce; pero en el próximo momento lo acusa, enigmáticamente, de tener "demasiadas existencias" y "tantas personalidades" (37). Le aconseja, "pierda una y quédese con las demás. ¿Qué más le da?" (37) Mucho más tarde Maldonado descubre que el Director General es el jefe de los agentes árabes en México. Ha urdido un plan para provocar a México a alinearse con los países árabes contra los israelíes, así impidiendo la posibilidad que el petróleo mexicano ayude la causa de Israel en alguna crisis futura. El plan incluye el asesinato del Presidente de México en una situación donde será posible hacer que todos crean que el asesino es Maldonado. Éste se escapará, pero otro hombre será fusilado y enterrado con el nombre de Maldonado. Esta persona es Jamil, un joven árabe palestino, víctima del colonialismo británico e israelí, y finalmente del extremismo árabe. Según otras partes del plan, tanto él como Maldonado serán robados de su identidad. La nueva identidad de Maldonado será la de Diego Veláquez, un hecho que se le impondrá mediante varios métodos de lavado cerebral expertamente aplicados por el Director General. Éste cree que el plan servirá los propósitos árabes puesto que Maldonado está casado con una judía y es un judío por conversión (aunque sólo para complacerle a ella). Todos creerán que actuó como agente israelí al tratar de asesinar al Presidente.

El atentado contra el Presidente fracasa debido a la astucia del jefe de Maldonado, el director del servicio de inteligencia mexicano. Los agentes árabes, sin embargo, prosiguen con su plan para robarle la identidad a Maldonado. Las dudas de éste sobre la solidez de su identidad experimentadas cuando sus colaboradores en la Secretaría se negaron a reconocerlo empiezan a cristalizarse cuando los matones del Director General lo llevan narcotizado a una clínica médica privada donde sufre una operación quirúrgica de la cara. Cuando se despierta le hacen creer que ahora tiene otra cara, lo cual le obligará a renunciar su identidad original. "Cuchillos y puños ajenos jugaron con lo más distintivo que tiene un hombre como si fuera plastilina" (219), pero esa manipulación física de la cara constituye, además, una "manipulación moral." El significado com-

pleto de las palabras "jugaron" y "manipulación moral" queda aclarado cuando Maldonado se enfrenta con un antiguo profesor suyo, ahora revelado como un agente de los extremistas israelíes, el Dr. Bernstein. Se presenta ante él después de la operación quirúrgica y queda asombrado porque Bernstein no vacila ni un instante en reconocerlo. Éste observa, después de escuchar las explicaciones de Maldonado, que sólo puede ver en su cabeza" una puntadita aquí, una ligera modificación acá . . . la cabeza al rape, el bigote nuevo." Observa que todo esto no ha bastado para borrar la identidad de Maldonado: "-Tu única cirugía es la de la sugestión, sonrió Bernstein . . . -Basta saber que un hombre es buscado para que todos lo vean de manera distinta. Incluso el perseguido" (132). Así Bernstein trata de explicar a Maldonado que sus enemigos están aprovechándose de su básica inseguridad con respecto a su identidad para convertirlo en esclavo de voluntades ajenas. Jugando con su cara obtienen la clave para manipular su identidad.

Unos días después, Maldonado se encuentra físicamente preso y cada vez más confuso mentalmente, casi hipnotizado por el Director General. Es significativo que Fuentes señala cierto parecido entre el agente árabe y Victoriano Huerta (35, 196), el general traidor que en 1913 urdió el asesinato del Presidente Madero. Huerta, como su antiguo jefe, Porfirio Díaz, servía los intereses del colonialismo económico. Al mismo tiempo, hay cierta semejanza entre Maldonado y Madero. Los dos son hombres de acción, pero se encuentran más y más manipulados por sus enemigos, y en gran parte debido a su ingenuidad e ignorancia con respecto a sus problemas internos: Madero con respecto a los sociales y políticos; Maldonado con respecto a los sicológicos. El Director General procura consolidar sus manipulaciones de Maldonado con tácticas sicológicas:

> -Óyeme bien. Lo único cierto de esta aventura es que tú nunca sabrás si eres el verdadero Félix Maldonado o el que por órdenes nuestras te sustituyó. . . . Regresa al momento en que despertaste en la clínica y pregúntate si puedes asegurar que entonces sabías quién eras. Habrá para siempre un antes y un después en tu vida. . . . De ahora en adelante, lo que puedas saber de tu pasado quizás sea sólo lo que nosotros, benévolamente, querramos enseñarte.
>
> . . . . . .
>
> -Te lo aseguro . . . cada vez que pienses en el pasado de Féliz Maldonado, estarás recordando algo que yo te enseñé mientras estabas inconsciente en el hospital. Y mientras vivas el presente de Diego Velázquez, sólo sabrás de él lo que yo te diga sobre él. (198)

Que el Director General ayuda a perpetuar el uso de los métodos clásicos del colonialismo no puede dudarse. Destruir la confianza de un individuo y luego de un pueblo con respecto a su identidad con todos sus valores y logros elaborados en el pasado evidentemente ha sido una parte del proceso de dominación en México y otras partes del mundo. Frantz Fanon, por ejemplo, ha analizado algunos de los resultados sicológicos e

intelectuales de semejantes procedimientos colonizadores en África.[4] Para Latinoamérica, Fernando Morán ha estudiado la manera en que varios novelistas procuran rescatar el pasado precolonial para luchar contra la mentalidad colonialista mantenida no sólo por reconocibles agentes de los dominadores, sino también por algunas de sus víctimas que ingenuamente han asimilado esa mentalidad.[5] Si vemos a Maldonado como un símbolo de México actual, a veces en peligro de ser hipnotizado y ciegamente usado por agentes de naciones extranjeras, entonces las palabras del Director General son muy claras con respecto a sus deseos de borrar valores y recuerdos autóctonos, base de toda identidad viable. Un pueblo -así como un individuo- sin una sólida identidad propia se presta con relativa facilidad a manipulaciones destinadas a servir intereses ajenos. Este mensaje simbólico no es necesariamente la opinión de Fuentes sobre lo que en efecto ocurre actualmente en México. De acuerdo con su conocida visión cíclica de la historia, se puede aceptar como su apreciación de lo que ocurrirá como repetición parcial del pasado colonial si los mexicanos no saben oponer sus propias necesidades internas a la acumulación de fuerzas mundiales tendentes hacia la creación de formas contemporáneas del colonialismo. Son las mismas fuerzas dominadoras y últimamente terroristas que provocan a los extremistas israelíes a asesinar a Sara Klein, y a los extremistas árabes a asesinar a Jamil, los dos representantes de una juventud dedicada a la coexistencia de culturas distintas dentro de una civilización humanizada, capaz de apreciar, sostener y nutrir sus diversas identidades.

Cuando el Director General finalmente logra quitarle la identidad a Maldonado, procura obligarle a aceptar otra: la de Diego Velázquez. Éste pudiera ser cualquier nombre inventado al azar por el Director si no fuera que Maldonado tiene gran afición a las obras del famoso pintor español del mismo nombre. Esta afición está basada en el hecho que Maldonado se parece mucho a la imagen del autorretrato de Velázquez. Por varias razones Fuentes ha escogido esta nueva identidad para Maldonado. Unas están indicadas en los comentarios ofrecidos por Fuentes al analizar las obras de José Luis Cuevas cuyas esencias artísticas coinciden en algunas pinturas con las de Velázquez. Fuentes cree que una persona sensible ante ciertas pinturas de Velázquez, Van Eyck u otros maestros clásicos, puede sentirse en contacto con las figuras representadas o hasta incluido por las dimensiones atemporales de la pintura. "Tiempos y espacios de personajes y espectadores se interpenetran: identidades también."[6] Una parte del problema de Maldonado, entonces, no tiene nada que ver con los complots de agentes foráneos. Es un aspecto existencial que puede surgir en cualquier persona capaz de reconocer la interpenetración de esencias humanas a través de los siglos. El papel de la herencia cultural específica en la determinación de la identidad también es importante para Fuentes. Cuando Maldonado contempla el autorretrato de Velázquez descubre algo sobre los orígenes multiculturales de su propia identidad. "Miró su cara en el espejo y recordó el parecido con

Velázquez, los ojos negros rasgados, la frente alta y aceitunada, la nariz corta y curva, árabe pero también judía, un espaõl hijo de todos los pueblos que pasaron por la península" (3940). Es de esperarse, por lo tanto, que cuando Maldonado tiene que usar otra identidad al funcionar como agente secreto, aún antes de sus encuentros con el Director General, él recurra al nombre de Diego Velázquez. Debido a todo esto, es, también, relativamente más fácil que Maldonado acepte definitivamente la identidad de Diego Velázquez bajo las presiones gradualmente intensificadas por el Director General para que él abandone la identidad de Félix Maldonado. Además, resulta que su propio jefe en el servicio de inteligencia mexicano quiere que acepte la nueva identidad porque esto hará posible que los árabes lo reciban como dolaborador; luego podrá obtener información útil sobre sus operaciones. El último episodio deja indeciso al lector sobre si o no esto es lo que pasará. Otra vez Maldonado está involucrado en un renovado intento de asesinar al Presidente. A Maldonado lo rodean agentes árabes y mexicanos, pero es imposible saber quién controla más sus acciones. Lo más importante, sin embargo, es que Maldonado ha perdido la lucha para retener su auténtica identidad. Ha podido derrotar tanto a los árabes como a los israelíes en la lucha para obtener la piedra clara de Bernstein, depósito de información vital sobre los pozos, oleoductos y refinerías mexicanos. También ha castigado con la muerte a Abby Benjamin, el asesino de Sara Klein. Pero queda derrotado en lo más esencial. Otra vez el hombre mexicano se encuentra desviado de la trascendental labor de elaborar su identidad, cediendo ante la necesidad de descuidar los deberes más íntimos para defenderse contra incursiones extranjeras.

En el epílogo de la novela Fuentes compara estas posibles incursiones a las primeras invasiones españolas. Ambas comienzan en la misma región: Campeche, Tabasco, Veracruz; "la tierra de la Malinche" (281). Ambas se enfocan -por lo menos en sus primeras etapas- en la búsqueda de tesoros escondidos: el oro; el petróleo. Ambas necesitan destruir identidades para asegurar la ayuda de personas claves en los planes urdidos para apoderarse de esos tesoros: la Malinche; Felix Maldonado. Cortés consiguió la ayuda decisiva de la Malinche, la "niña maldita," cuyo nombre indio era Malintzin; "la bautizaron los astros porque nació bajo un mal signo" (281). Los padres nobles de ella trataron de evitar el mal anunciado por los astros. Lo intentaron cambiando su identidad, dándole la de una muchacha esclava que murió la misma noche de su nacimiento. La regalaron a otra tribu, y ésta a otra, hasta que, años después, fue regalada a Cortés. Después de convertirla dos veces, "primero al amor; en seguida al cristianismo," (282) Cortés la usó para descubrir las debilidades ocultas del imperio azteca. Las semejanzas entre la Malinche y Maldonado empiezan con sus nombres y sus connotaciones. Ella fue un "mal donado" varias veces porque las tribus indígenas querían deshacerse de esta mujer maldita por el destino. Lo irónico es que la maldición no se realizó hasta que la entregaron al extranjero. Maldonado también fue

entregado por conjunciones históricas y a instancias de su jefe en las manos de un extranjero buscador de claves para controlar el petróleo mexicano. Como la Malinche, también fue convertido a una religión extranjera por su esposa (se convirtió al judaísmo al casarse con ella), lo cual había contribuido a que fuera involucrado en los complots extranjeros. Las conjunciones más o menos accidentales de todas estas situaciones crean un gran mal potencial para la nación. Es posible que Maldonado mismo sepa evitarlo, pero eso queda por ver. Ni Malinche ni Maldonado son "males" sino víctimas ciegamente manipuladas por fuerzas históricas; fuerzas a veces dominadas por terroristas resueltos a crear un mundo que corresponda sólo a sus estrechos criterios culturales y políticos.

Las ideas de Fuentes sobre el terrorismo merecen un análisis más sistemático en otro estudio. Sus ideas sobre el problema de la identidad como un residuo del colonialismo no son nuevas como se ha indicado en las referencias a Fanon y Morán. Lo nuevo e interesante es la creación de un personaje cuya vida gira alrededor de este problema, y que Fuentes ha situado la dramatización del problema dentro de un contexto de mucha actualidad. Efectivamente, un gran tema de debate ahora es si el desarrollo de la industria petrolera en México debe obedecer a criterios y necesidades propiamente mexicanos, o a presiones derivadas de inquietudes y crisis del sistema político-económico internacional. No es un dilema fácil de resolver. *La cabeza de la hidra* -aunque juzgada como obra relativamente superficial por algunos críiticos-[7] presenta una síntesis importante de los valores humanos e históricos que habrá que tener en cuenta para evitar una solución contraproducente de ese dilema.

Phillip Koldewyn
Claremont McKenna College

NOTAS

1. Carlos Fuentes, *La cabeza de la hidra* (México: Joaquín Mortiz, 1978), 209-10. Todos los pasajes citados serán de esta edición.

2. En *La región más transparente* (México: Fondo de Cultura Económica, 1968), 241-42, Ixca Cienfuegos se detiene en el mismo Zócalo para contemplar ciertas asociaciones simbólicas. En *La muerte de Artemio Cruz* (México: Fondo de Cultura Económica, 1962), 35-36, Cruz hace la misma cosa, pero delante de la Catedral de Puebla. En *Zona sagrada* (México: Siglo XXI, 2a. edición, 1967), la primera sección entera es una contemplación de símbolos desplegados en una playa y sus cercanías. Véase: P. Koldewyn, "Mediation and Regeneration in the Sacred Zones of Fiction: Carlos Fuentes and the Nature of Myth," *Journal of Latin American Lore*, Vol. VII, No. 2.

3. Consúltese cualquier obra de Carl G. Jung sobre mitos y símbolos, por ejemplo *Man and his Symbols* (New York: Doubleday, 1964); o una obra de Mircea Eliade como *Myths, Rites, Symbols* (New York: Harper, 1975). Un buen estudio de estos símbolos en una novela latinoamericana es: Graciela Maturo, *Claves Simbólicas de G. García Márquez* (Buenos Aires: García Cambeiro, 1972), especialmente los capítulos X y XI.

4. Frantz Fanon, *The Wretched of the Earth* (New York: Grove Press, 1963), 206-248.

5. Fernando Morán, *Novela y semidesarrollo* (Madrid: Taurus, 1971), 171-78.

6. Carlos Fuentes, *Casa con dos puertas* (México: Joaquín Mortiz, 1970), 254.

7. Gloria Durán, *The Archetypes of Carlos Fuentes* (Hamden, Connecticut: Archon Books, 1980), 183-84, 188.